

cidos por el crimen y prodigarles consuelos; subamos las gradas del patíbulo para derramar la esperanza sobre las almas espantadas á la aproximacion terrible de la eternidad; permanezcamos inmóviles y en pié cabe el lecho del moribundo para disipar sus temores é inspirarle una tierna confianza; y cuando las almas doloridas vean que de día y de noche, ya á través de las tempestades, ya en medio de un sol ardiente, lo mismo cuando parece que no hay el menor peligro, como cuando un horroroso contagio amenaza arrojarnos al sepulcro, nos acercamos á ellas, y respetamos su miseria, y sentimos su dolor, al punto reconocerán á la verdad, que se les presenta realzada con el traje de amor.

Sin embargo, habrá siempre algunos que nos despreciarán, aborrecerán y perseguirán; sus esfuerzos no deben arredrarnos; recordemos que hace muchos siglos que esto nos está predicho, y que nuestro divino Maestro fué despreciado, aborrecido y perseguido, y no es justo que el siervo sea de mejor condicion que el Señor. Si quisiésemos estar tranquilos y gozar de este mundo, abierto nos está el camino; mientras cediésemos á ciertas exigencias nos rodearian á porfía los honores, el renombre de tolerancia y el favor de la opinion. A cada momento se nos repite: ¿no veis que todo ha cambiado en el mundo? La astronomía ha cambiado; la química ha cambiado; la filosofía ha cambiado; las dinastías han cambiado; ¿y vosotros, raza de granito, no cambiareis jamás? ¿Es posible que seais siempre los mismos? Modificad ciertos preceptos del Decálogo que nos incomodan, sacrificadnos algunos de los dogmas que nos disgustan, por ejemplo, el de la eternidad de las penas, y entónces no solo os respetaremos, os colmaremos además de honores. Desatendamos sus palabras: nosotros no podemos imitar la conducta de los sacerdotes paganos, que cedian á ciertas exigencias; las verdades, de que somos depositarios, vienen de Dios; y Dios no cambia, es siempre el mismo. Cambien ellos lo que les guste; nosotros continuemos anunciando los mismos dogmas, inculcando las mismas virtudes, reprendiendo los mismos vicios, prometiendo á los justos el mismo premio, amenazando al pecador con el mismo castigo, y cantando el *Aleluya* y el *De profundis*, que no cambian jamás. Si por esto se nos destierra, lo haremos en el destierro; si se nos aprisiona, lo haremos en los calabozos; si se nos arroja de un reino, pasaremos á otro, y continuaremos allí nuestra mision; si se nos arroja de todas partes, nos acogeremos como en los primitivos tiempos de la Iglesia á las catacumbas; y si, por último, se nos hace subir al patíbulo ¡oh! entónces una y mil veces felices nosotros, pues empuñaremos la palma del

martirio, y nuestra sangre será semilla fecunda de fervorosos católicos.

Vé pues, nuevo ministro del santuario, vé á dar principio á tu augusta mision; no te detengas, sube las gradas del altar; pero, ántes de pronunciar las palabras omnipotentes que harán descender á tus manos al Rey inmortal de los siglos, ruega con todo fervor por el soberano pontífice, Pio IX, que con tan paternal solicitud gobierna la santa Iglesia. Ruega por todo el pueblo español, para que permanezca fiel y constante en aquella fé que alumbró á nuestros antepasados en las noches de la edad primera, que los guió despues en otros días de oscuridad; que más tarde ablandó la fiera condicion del bárbaro, sirvió de freno á los señores del feudalismo, y de freno y consuelo á la vez á los vasallos de los castillos; que inspiró valor á nuestros padres para sostener una guerra de setecientos años, y arrojar más allá de los mares á los antiguos hijos del desierto; guerra á la cual nuestra patria es deudora de su nacionalidad, de sus siglos de gloria y de su pasada grandeza.

Aquí tienes un padre venerable á quien, despues de Dios, eres deudor del sér; la que está á su lado con actitud reverente te ha hecho oficios de madre; hoy colmas sus deseos, hoy llenas sus dilatadas esperanzas, hoy les proporcionas un día de ventura; ruega, pues, por ellos con toda la efusion de tu alma. Ruega tambien por los ilustres señores que te apadrinan, para que el Señor les colme de bendiciones. Ruega, en fin, por tus hermanos, por tus maestros, por todo el clero español, por esas esposas del Redentor, por el que tiene el honor de dirigirte ahora la palabra, y por cuántos se asocian á tu felicidad, para que el Eterno derrame sobre nosotros sus más preciosos dones. Lanza luego una mirada hasta la eternidad, allí hallarás á la que te llevó en su seno por espacio de nueve meses, la que siendo niño veces mil te estrechó en su maternal regazo; hallarás á un tío que te diera innumerables pruebas de cariño, y otros objetos que te fueron muy caros. Ruega por ellos con todo fervor; tal vez esperan este momento para volar á la mansion de la felicidad eterna. Si ya son moradores de la Sion celestial, el sacrificio que vas á ofrecer al Señor las proporcionará un nuevo aumento de gloria. Acércate, pues, al santo altar; los ángeles te contemplan llenos de entusiasmo, y casi me atreveria á decir, poseidos de una santa envidia; y nosotros, que esperamos mucho de tus oraciones, nos postramos en la presencia de Dios para dirigirle en favor tuyo nuestras humildes plegarias.

Dios eterno, que os dignais santificar nuestras obras por el ministerio de vuestros sacerdotes, derramad vuestros dones sobre este que

viene á ofreceros por la vez primera la víctima de infinito valor. Adornadle, Señor, de todas las virtudes necesarias para desempeñar dignamente la sublime mision que le habeis confiado, y poder un dia ceñir los eternos laureles que para vuestros servidores teneis preparados en la mansión de la inmortalidad.

---

## MISA NUEVA:

---

### VI.

*Evangelizo vobis gaudium magnum,  
quod erit omni populo.*

Vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo.

(Luc. II, 10.)

Hermanos míos, la gran noticia esperada y deseada, desde el principio de los siglos, fué el nacimiento de Jesucristo, Salvador de los hombres. Por eso los cielos resonaron de alegría y con cánticos de acciones de gracias. La gloria de Dios en el cielo y la paz á los hombres sobre la tierra, fruto de la encarnación de Jesucristo, que los espíritus celestes anunciaron á los pastores de Belén, los continúa por el ministerio de sus sacerdotes. Él pone en sus manos la luz de las luces, esas lámparas de que habla la Escritura, levantadas para alumbrar la casa del Señor. Tampoco es con otro objeto que ese jóven sacerdote va á ofrecer la primera Misa en esta iglesia. Siguiendo el ejemplo de su divino Maestro, tratará de procurar á los hombres la paz con Dios, la paz con ellos mismos y la paz con sus hermanos. Llevará palabras de consuelo á los que gimen bajo la esclavitud del pecado; les anunciará que ha llegado el momento de la misericordia, y que Dios está pronto á olvidar las prevaricaciones de su pueblo: *Misit me ut predicarem annuum placabilem Domino, ut consolarer omnes lugentes* (Is. xli, 2). Se apresurará á guiar los

espíritus extraviados por las sendas de la justicia que desconocieron; se esforzará en hacerlos andar por las vías de los mandamientos de Dios que olvidaron: *Ducam cecos in viam quam nesciunt, et in semitis quas ignoraverunt, ambulare eos faciam* (Is. xlii, 16). Porque Jesucristo te ha instituido, jóven sacerdote, pastor como él, sacrificador como él, mediador como él, y redentor como él. El mismo ministerio que comenzó y desempeñó en Judea, ha de abrazar toda la tierra y durar hasta el fin de los siglos.

No es mi intención el hablar hoy de la divinidad de la mision del sacerdote, ni de la grandeza de su ministerio, sino de la abundancia de los dones del Señor y de sus misericordias sobre un alma que le elige para su herencia. Por consiguiente, entre las dádivas que el Señor derrama sobre sus ministros, detengámonos en la gracia de elección que asocia el sacerdote á la mediación de Jesucristo. Veremos las ventajas que ella proporciona y los deberes que impone, después de haber invocado las luces del Espíritu Santo por la intercesión de la santísima Virgen. A. M.

1. Además de esta elección invisible por la cual Dios nos ha marcado con el sello de la salvación eterna, echando sobre nosotros una mirada de predilección antes que hubiésemos nacido, y sin ninguna consideración á lo que habíamos de ser un día, hay elecciones visibles y exteriores que se pueden reputar como los medios de la primera. De ahí se deduce que san Pablo, para manifestar el don de gracia que habia recibido en su vocación milagrosa decia, que Dios le habia elegido para vivir separado de la corrupción del mundo (Gal. I, 15). De ahí se deduce, que cuando el Espíritu de Dios distribuía á los primeros discípulos aquellas gracias inefables que los elevaban á los santos ministerios, era siempre mandando, que los que él habia elegido al intento fuesen separados de los demás fieles (Act. xiii, 2). ¿Y cómo Dios no hubiera separado á los sacerdotes del resto de los hombres, cuando el sacerdocio es un estado santo y sagrado? *Cleri sacratissimus ordo*. Nosotros podemos, mejor aún que Moisés, volver á decir estas palabras: «Acordaos que Dios os ha elegido sobre todos los demás pueblos para venir á ser su pueblo privilegiado y escogido (Deut. xxvi, 18).» No es poco para vosotros, decia aún Moisés á los hijos de Leví, que el Señor os haya separado de todo el pueblo, para contraer con vosotros una alianza particular, en virtud de la cual estais consagrados á su culto (Num. xvi, 9). Sí, jóven ministro de los altares, permite que, para fortalecer tu fé en las dificultades que encuentres en tu santo ministerio te hable del mismo mo-

do. El Señor te ha elegido entre millares de almas que hay sobre la tierra (DEUT. VII, 6). No habias nacido aún cuando Dios te colocó en el rango de sus ministros, con el fin de hacer entrar de nuevo en el redil á la oveja descarriada de la casa de Israel. Dios, al revestirte con el sacerdocio, te ha dicho como á los levitas de la antigua ley: Os he separado de todos los demás pueblos para que me pertenezcais (LEVIT. XX, 24). Esta preferencia es de pura bondad. No son las dichas disposiciones que recibiste al nacer, ni esa dulzura de carácter que sienta tan bien á los ministros de los altares, ni esa juventud pasada bajo la direccion de maestros instruidos y virtuosos las que han atraído sobre tí la gracia de preferencia. Ellas son las felices consecuencias y no las causas de tu eleccion. ¡Cuántos jóvenes, de un carácter amable, nacidos con buenas inclinaciones, adornados de virtudes, han sentido poco á poco debilitarse su fé, cambiar sus costumbres, y roto de este modo un glorioso porvenir!

Aún no habias nacido cuando ya estabas colocado en el rango de los ministros de los altares, para iluminar á tus semejantes y hacer entrar de nuevo en el redil á la oveja extraviada. Desde el principio, estabas destinado para evangelizar á los pobres, para libertar á los cautivos, para devolver la vista á los ciegos. Porque ¡cuántos ciegos hay en el seno mismo de la luz! Contaríanse más bien el número de olas que produce el mar en una negra tempestad, que los enemigos de la religion y de la virtud. ¡Qué corto es el número de almas que aman á Dios y le sirven! Sin embargo, es en medio de estas almas donde Jesucristo te ha elegido para confiarte lo más grande que hay, lo más sublime, lo más divino.

El que te escuchare joven sacerdote, escuchará al mismo Jesucristo; el que te despreciare, despreciará á Jesucristo, porque trabajarás en la grande obra de la redencion de los hombres. ¡Qué dichoso es el sacerdote que puede repetir con san Pablo: El mundo no es nada para mí. Revístete, pues, de santidad, oh joven sacerdote (Ps. cxxxii, 9.)! No hablaré de los poderes que has recibido, y que son grandes, sublimes, inmensos. Porque el sacerdote es otro Cristo. ¡Qué poder el de consagrar el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo! ¡Qué poder el de perdonar los pecados y el de retenerlos! poder más extenso que el de los príncipes de este mundo. Pero también ¡qué terrible ministerio el del sacerdocio! ¡qué conjunto de obligaciones y de peligros! Pasar la vida en consumirse por la salvacion de los demás, siempre expuesto á perderse á sí mismo; ¡como cañas endebles que un soplo puede romper, obligados á hacer frente á las agitaciones más violentas, precisados todos los dias á sondear con mano trémula llagas cu-

ya vista sola es mortal, respirar el contagio de ella, y chupar su veneno! ¡Qué digo? ¡Encontrar, hasta en vuestro más santo ministerio, lazos tendidos y asechanzas! En fin, aviejados en el seno de una seduccion universal, y hasta la tumba; ¡deber á los ángeles y á los hombres el espectáculo constante de una virtud á toda prueba! ¡Señor! ¡no nos son necesarios para ello socorros, una proteccion divina y toda la fuerza de vuestro brazo? Réstame hablarte aún de los deberes que te impone tu gracia de eleccion.

2. Estos deberes son guiar las almas hácia el cielo, y perfeccionarte á tí mismo. Dios te pide la santidad: también te la piden la Iglesia, así como el pueblo. Sé perfecto, te dice Jesucristo; y cuando la Iglesia te dió poderes superiores á los de un emperador, exigió de tí una vida pura. El pueblo, que has de evangelizar, solamente te estimará por tus virtudes. Evita pues, la disipacion que quita la reflexion necesaria á toda especie de progreso. No olvides á los enfermos; sé el padre de los pobres; practica la humildad más profunda; evita el pecado. Sacrifica tu tiempo, tu fortuna, aún tu vida, si es necesario, para ayudar á los hombres á vencer sus malas pasiones, á renunciar á las vanidades del mundo, á marchar en las vías de la justicia y de la caridad fraternal.

La Iglesia no te pide virtudes heróicas sino virtudes generosas. En el confesonario serás un padre, un médico, un doctor y un juez, esto es, tendrás entrañas de misericordia, harás preguntas juiciosas, iluminarás á tu prójimo y serás indulgente. La oracion será tu ocupacion continua; pondrás cuidado en no perder el recogimiento. Las meditaciones harán tu alimento espiritual, el Crucifijo será tu único libro. Todas las ciencias provienen de la cruz y á ella conducen. Quizá acusarán tu piedad de limitar el espíritu por prácticas minuciosas, de degradarlo por observancias humillantes, que prescribirás ó aconsejarás. ¡Qué! ¡la piedad apoca el espíritu! ¿Eran, pues, espíritus limitados todos los hombres admirados hasta aquí por sus talentos y sus luces, como eran honrados por su piedad? Contemplad esos brillantes modelos de reyes que ha formado la religion, y que han ilustrado los tronos por sus admirables cualidades como por su profunda piedad: los Teodosios, los Carlomagnos, los Luises, los Fernandos, los Enriques, los Eduardos y tantos otros, tan gloriosos delante de los hombres por la sublime elevacion de su carácter, como delante de Dios por la eminencia de sus virtudes. ¡Atrevedos á decir, en presencia de estos príncipes de inmortal memoria, que la piedad degrada el espíritu! ¿Cuál es más

noble, la ambicion que aspira á una grandeza asegurada y eterna, ó la que corre tras los honores inciertos y perecederos? Obedecer como esclavo á todas sus pasiones, ¿es tan grande como tenerlas bajo su yugo, y mandarles como dueño?

¿Son, pues, necesarias para reformar las pasiones, se dirá, todas aquellas observancias con que el cristianismo ha sobrecargado la moral? Pero, las observancias, por lo mismo que son aconsejadas, no son preseritas; el Evangelio no exagera y perfecciona todo. No contento con darnos mandamientos, de tal modo sublimes, que la razon humana antes de él no pudo elevarse allí, Jesucristo corona sus mandamientos, y al mismo tiempo los corrobora y los coloca bajo la salvaguardia de virtudes más sublimes aún. Mas, lo que es superior á los esfuerzos de la universalidad de los hombres, su profunda sabiduría lo retiene en la clase de los simples consejos. Él los presenta á todos, no para que los observen, sinó para que, conociéndolos, cada uno pueda venir allí á sacar lo que es más análogo á sus inclinaciones, lo más conforme á su génio, lo más adaptado á sus necesidades y á su naturaleza.

Tú, sacerdote segun el corazon de Dios, sé un modelo de caridad, de ciencia, de pureza y de santidad. Las preciosas semillas que has reunido, las derramarás sobre tus hermanos. Desplega una actividad sin tregua, una abnegacion sin límites, y ven á ser un espectáculo digno de Dios y de los hombres. Mas yo no quiero diferir más largo tiempo tu dicha. Que Dios, que ha protegido tu infancia, derrame sobre tí los tesoros de su gracia. Que la religion, que ha cultivado en tí los dones de la piedad y de la inteligencia, recoja el fruto de sus cuidados y de sus penas. ¡Ojalá que ella se glorifique en tí para siempre! Que ella pueda colocar tu nombre en el número de los sacerdotes que se han ilustrado por la justicia y la santidad. Pero, no olvides en tu sacrificio al que te honra con su amistad; no olvides á tus parientes y á los habitantes de esa ciudad; acuérdate también de mí, y el pueblo tomará parte en la alegría de hoy. Amen.

MISA PRIMERA; véase: CATECISMO y SACERDOCIO.

## MISERIA.

*Sectamini charitatem.*

Corred con ardor para alcanzar la caridad.

(1 COR. XIV, 1.)

En nuestros tiempos la caridad es una gran necesidad, porque el egoismo es el mal más profundo que atormenta al siglo. Nacido de la separacion de Jesucristo Dios, desarrollado al soplo de los errores que han formado la educacion de los pueblos, el egoismo ha reaparecido en esta época bajo tres formas principales, que hemos denominado: egoismo doctrinal, egoismo sensual, y egoismo anárquico. Tal es el grande abismo del siglo, y ese abismo conduce á otro abismo: *abyssus abyssum invocat*: el abismo del egoismo conduce al de la caridad. Y todos hemos oido las grandes voces de este siglo, la voz del error, la voz de nuestros sufrimientos y la voz de nuestros sacrificios, proclamar juntas la suprema necesidad del tiempo, la necesidad contemporánea de la caridad. Es de observar, que cuando una cosa se hace absolutamente necesaria, no puede ménos de ser eficaz; y cuando envia Dios á alguien ó alguna cosa para responder á una necesidad real en la humanidad, la inviste siempre del poder indispensable para cumplir en ésta su voluntad. En una palabra, hermanos míos, la eficacia responde á la necesidad, y el poder á la mision; esto es lo que aparece claramente en la caridad. Y al decirnos que la caridad es la necesidad de estos tiempos, afirmo que también es el gran poder contemporáneo, como hoy me propongo demostraros. A. M.

1. Cuando se considera atentamente la sociedad contemporánea, bien puede decirse de ella lo que del pueblo prevaricador decia el Profeta: *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas*: desde los piés á la cabeza, no es más que una llaga. Miseria y más miseria.

A tres grados principales reduzco la serie ascendente y progresiva de nuestras miserias contemporáneas, y para cada uno de estos grados solo veo un remedio: la caridad.

La primera miseria, amados oyentes, es la que aflige al hombre en

la parte ménos elevada de sí mismo, y la que yo llamaré miseria del cuerpo.

¿Qué es la miseria del cuerpo? La miseria del cuerpo es la privacion de todos los bienes necesarios, de todo lo que puede llamarse bienestar físico, ó si quereis, felicidad del cuerpo. A esa necesidad corresponde la de ser servido por los demás, en la impotencia de servirse á sí mismo. En efecto, hermanos míos, ¿qué puede hacer en la tierra el hombre que, no teniendo cosa alguna de los bienes que Dios creó para las necesidades de su cuerpo, no tiene ya siquiera dos brazos que extender para producir ó recoger algo, ó bien; que, teniéndolos todavía, se ve reducido á cruzarlos sobre su pecho por el hambre devorado, ó á extenderlos solo para abrazar sus deseos ó provocar su desesperacion? Decidme, amados oyentes: si ese hombre está solo, ¿qué le queda, si no esperar y quizás invocar la muerte?

Ved ahí, hermanos míos, nuestra primer necesidad, nuestra primer miseria. Esta necesidad, como llevo dicho, nace de la flaqueza misma de nuestra naturaleza humana; y la injuria más cruel que puede hacerse á la humanidad, es mostrarla en el horizonte cierto paraíso terrenal en que ya no existirá nada semejante.

Pero, observadlo bien, esta miseria, que nace de la naturaleza humana depende especialmente de la actualidad misma de nuestra época. ¿Por qué? Porque á causa de dos errores, de dos aberraciones paralelas, miéntras el siglo iba siempre aumentando las miserias, esto es, las necesidades del servicio, por otra parte disminuía los servidores de la miseria. En efecto, hermanos míos, á medida que la economía sensualista ha elevado en medio de nosotros el nivel del bienestar material, ha aumentado en espantosa proporción la multitud de los pobres ó miserables. Sí, esta marcha, este progreso de la materia de que tanto nos jactamos, se ha trocado en una marcha de la fatalidad, que eleva una fortuna en medio de cien ruinas, y compone de esta suerte de muchas miserias algunas prosperidades de su eleccion. No insisto en ese fenómeno, hermanos míos. Los que no lo han reflexionado necesitan profundizarlo, y los que lo han meditado no tienen ya necesidad de que se les instruya.

Pero, al paso que este movimiento desastroso multiplicaba entre nosotros el número de los pobres, es decir, la necesidad de los servicios voluntarios, un movimiento aún más desastroso disminuía el número de los servidores.

Cosa notable! Un dia, ciertos ideólogos, ciertos hombres que se llamaban filósofos, ántes debiera yo decir fanáticos, decretaron en nombre de la humanidad la supresion de los siervos de Dios. En su cegue-

dad, no veían que suprimir los siervos de Dios era suprimir los servidores del hombre.

Para socorrer las miserias del cuerpo humano, amados oyentes, solo pueden invocarse tres poderes fuera de la caridad: el de la ciencia, el del derecho y el de la fuerza.

El poder de la ciencia! ¡Ah! lo sé, nada ha igualado la solemnidad de sus promesas, nada, á no ser la solemnidad de los desaires que le ha dado la Providencia. Una ciencia nos habia dicho: Un poco más de tiempo, y el hambre, la escasez no será posible! Y cuando la tierra pierde parte de su acostumbrada fecundidad, tiemblan al punto los pueblos como un hambriento que piensa en el dia siguiente; y es preciso que algunas voces amigas se levanten para gritar al espantado pueblo: «Confianza, confianza, habrá pan para todos.» Una ciencia nos habia dicho: Un poco más de tiempo, y habrá cesado la peste, no habrá ya más peste! Y un azote misterioso, hermanos míos, un azote oculto en las profundidades de nuestra humanidad como un monstruo dormido, se despierta de vez en cuando y nos dice: Cuidado, yo estoy aquí, luego me presentaré!

En fin, amados oyentes, una ciencia aun más crédula no habia temido decir: Con el progreso de las ideas, el progreso de la fraternidad, habrá paz universal; ya no habrá más guerra! Escuchad, hermanos míos, escuchad los ecos de la Europa!

Habíase dicho también: Pronto habrá cesado el sufrimiento, y en la tierra no se verán más que las flores del paraíso. ¡Habrá cesado el sufrimiento! ¡Ah! hermanos míos, todos los dias oímos, que la humanidad nos está gritando con lastimosos acentos: Sufrimiento! sufrimiento! sufrimiento!

¿Qué haremos pues para socorrer la miseria de los cuerpos? Apellaremos al derecho; haremos proclamaciones de derecho. Sí; proclamaremos para unos el deber de servir, y para otros el derecho de ser servidos. Diremos en aquel lenguaje inaudito que no conocían nuestros padres: derecho á la vida, derecho al trabajo, derecho á la asistencia, derecho al servicio, derecho á todo. ¡Derechos, siempre derechos! Id con cuidado!

¡Cómo! es llegado el momento, hermanos míos, de abrir los corazones y no de cerrarlos. Y sabedlo: el efecto inevitable é inmediato de la proclamacion de los derechos, no es abrir los corazones, sino cerrarlos.

Adoradores del derecho, escuchad: el derecho, cuando es el derecho, es una cosa santa, augusta y nosotros la respetamos, Pero, sabed que el derecho no tiene entrañas, que el derecho no tiene corazón; y